



LA CENA

PERVERSA ELEGÍA SOBRE LA CONSPIRACIÓN Y LA TIRANÍA

Flotats y Carmelo Gómez protagonizan un duelo escénico en este montaje de referencias históricas, que denuncia la ambición del poder político en nombre de las razones de Estado

La obra *La cena* parte de un hecho real: el encuentro secreto que mantuvieron el 6 de julio de 1815 en un palacio de la calle Saint-Florentine el maestro de la política Maurice de Talleyrand y el jacobino sanguinario Joseph Fouché, dos piezas clave en medio de una convulsa Francia invadida por los ejércitos de Inglaterra, Prusia y Rusia, tras la sangrienta derrota de Waterloo, y justo antes de que Luis XVIII accediera al trono y ambos le juraran fidelidad. En torno a una cena de alta gastronomía, preparada por Antoine Carême, los dos hombres, conscientes de que nada se puede hacer sin ellos, libran un duelo implacable en el que la diplomacia cede ante la desfachatez más perversa de pactos dudosos para beneficios personales... Lo que estos personajes se dijeron esa noche es algo que no consta en los manuales de historia pero que, sin embargo, el octogenario dramaturgo francés dedicado al teatro histórico Jean Claude Brisville imaginó de forma brillante, y que ahora Josep María Flotats ha sabido adaptar a nuestros días en esta versión en la que comparte escenario con otro grande de la escena española, Carmelo Gómez, quien reaparece en una producción teatral tras nueve años de ausencia. Gómez encarna al que fuera conocido como *el carnicero de Lyon*, un ser

despreciable que *cambió de bando tantas veces como una serpiente muda de piel: Fouché ayudó a Napoleón a dar el golpe de Estado y fue el fundador de una policía que basó su éxito en mantener a la población archivada y espiada; más tarde encabezó el gobierno provisional tras la derrota de Napoleón y contribuyó a la restauración de los Borbones*, explica el actor al que pudimos admirar hace unos años en el Teatro Cuyás en el montaje *París 1940*.

Su antagonista, Talleyrand, era un liberal de origen aristocrático, amante de la buena vida, sin delitos de sangre aparentemente, del que se decía que era *una mierda en una media de seda*. Al igual que Fouché, fue un superviviente de la política que sirvió también a la Revolución, a Napoleón y a los Borbones; formó parte de doce gobiernos y su labor como jefe de la diplomacia gala sigue despertando la curiosidad de infinidad de estudiosos e historiadores. *Es la primera vez que hago un personaje con el que a nivel moral estoy en profundo desacuerdo y eso, sin embargo, lo hace más excitante para un actor. La construcción del personaje me exige un control de los sentimientos, de decir lo contrario de lo que pienso. Es un ejercicio colosal de hipocresía, y en este sentido, es un ejemplo de arte interpretativo, pero también de diplomacia*, comenta Josep

María Flotats. El montaje, que se completa con las interpretaciones de Daniel Muriel, como el sirviente de Talleyrand; Bruno Ciordia, que encarna al sirviente de Fouché, y la voz en off de Abel Folk, que encarna el eco de Chateaubriand.

Estrenada en el teatro parisino de Montparnasse en 1989, *La cena* fue llevada posteriormente al cine. La versión que dirige Flotats, cuya traducción al castellano firma Mauro Armiño, obtuvo el Premio Max a la Mejor Dirección de Escena en la edición de 2005. *Como director –avanza Flotats– tenía muy claro que en esta función el enfrentamiento entre los personajes debía estar muy bien definido. No se podía bajar nunca la tensión, incluso en los momentos más amables. La tensión se percibe en cómo se habla, en los ritmos que se imponen Fouché y Talleyrand, en sus movimientos, en los tempos, en los silencios que se pueden cortar y son peores que un grito. He montado la obra con la estética de la época, pero con voluntad de que el espectador vea cómo proceden estos dos personajes y se pregunte hasta qué punto resultan contemporáneos.*

Talleyrand sabe medir las distancias, los pasos, incluso ayudado del singular movimiento de su pierna renqueante. Sabe apelar a las emociones, convencer al contrincante. Ofrece y sugiere con arte, con



inteligencia. Y sabe agredir verbalmente para marcar la superioridad de su origen noble o recordar tiempos pretéritos pese a que el pretendido pacto entre él y Fouché debe extenderse hacia una connivencia orientada hacia el pasado. Pero también sufre reveses y debe sobreponerse a la derrota cuando Fouché le ataca.

Por otra parte, el jefe de policía y Duque de Obrante, Joseph Fouché contraataca de igual a igual a Talleyrand. Es capaz de mostrar todas las vilezas que encierra su alma. Define con realismo y exactitud verdaderamente asombrosos su concepto de Estado de represión, sus métodos coercitivos para erradicar la violencia.

Muestra la rudeza de sus modales de clase baja; los andares toscos, desafiantes. Y sucumbe a los placeres de la buena mesa, al reconocimiento de la necesidad del otro, de Talleyrand, para salir a flote e impune de los crímenes cometidos por él. *Hay una rotunda contemporaneidad en las motivaciones políticas de baja estofa de estos dos personajes; dos tipos totalmente corruptos, sin ninguna clase de moral, que piensan únicamente en el poder y en su propio interés. Si tenemos en cuenta que Talleyrand estuvo en doce regímenes y Fouché en ocho, explica el talante negociador y la capacidad de estos dos para navegar en aguas turbias. En este sentido, son dos ejemplos de transfu-*

guismo, advierte el actor y director.

En opinión de Flotats, *La cena* no es una obra de teatro político en el sentido brechtiano, aquí no hay denuncia, ni pedagogía, lo que el autor nos enseña es una verdad humana y sangrienta sobre dos personajes históricos importantísimos, hombres que pueden verse como los constructores de una primera Europa. El actor catalán se declara militante a favor del teatro del arte y de la creación literaria y reivindica el teatro como un arte mayor. *No trato de hacer un teatro político ni de discurso para convencer, pero sí para abrir puertas al diálogo.*

EL PODER SEGÚN FOUCHE

La Monarquía ya no es de derecho divino, es sólo una solución más entre varias; una solución frágil y, hoy por hoy, impopular.

El poder será de la Policía, de los espías, de los delatores. Eso será el orden.

La política no existe, existe la vida. Y la vida no es más que el nombre que adopta la política cuando pasa por nuestras venas.

Sus modales [los de Talleyrand] huelen a mierda; nosotros no somos de la misma clase. (...) Huele mal; peor que yo, que sólo huelo a sangre.

EL PODER SEGÚN TALLEYRAND

Reconozco como lo más prudente que nosotros mismos nos demos un amo: un amo al que conozcamos y que nos necesite.

Ganemos la paz, ganemos la guerra; pero ganemos dinero.

Con una buena Policía sólo puede haber un buen Gobierno, porque nadie podrá decir que es malo.

¿Sabe por qué mi dossier secreto no es un peligro para mí? Porque es de notoriedad pública: soy un prevaricador y un depravado. Mas de todo me protege mi talento. Hay en mí algo inexplicable que acarrea la desgracia de quienes me ignoran.

LA VERDAD NEGRA Y LLENA DE SANGRE DE DOS HOMBRES

J.C. BRISVILLE

Talleyrand y Fouché, que han entrado en nuestras memorias como el vicio apoyado en el brazo del crimen, forman una de esas parejas infernales que de vez en cuando la historia se complace en sacar de su caja. Sabiendo hacerse indispensables a los sucesivos gobiernos que emplearon su talento, los dos, odiándose, dominan un cuarto de siglo de la historia francesa. He querido verlos (en la noche del 6 al 7 de julio de 1815) en el momento en que la coyuntura política los obliga a la negociación. ¿Alianza provisional o último combate? En cualquier caso, un momento excepcional para el destino de su país y de su futuro personal. Pero más allá de los personajes hundidos en las sedas y los dorados de los honores, es a la verdad negra y llena de sangre de estos dos hombres a lo que en *La Cena* he intentado acercarme.

